

Haroldo Dilla (coordinador), *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*, La Habana, Ediciones Centro de Estudios sobre América, 1995, 215 pp.

*Por Omar Núñez Rodríguez*

Para aquel que esté poco informado del porqué de las críticas, en los inicios de 1996, al Centro de Estudios sobre América de La Habana (CEA) –a través del Informe del Buró Político al V Pleno del Comité Central del Partido Comunista cubano, dado a conocer por el comandante Raúl Castro– este texto sirve de referente para un mayor conocimiento de la situación y la problemática enfrentada por este centro de investigaciones, cuyas apreciaciones, análisis y propuestas no han sido del agrado de la dirigencia cubana en la dinámica actual. Coordinado por Haroldo Dilla, excolaborador y exmiembro del Consejo de Dirección del CEA, el libro compila trece exposiciones de autores latinoamericanos, estadounidenses y europeos sobre la democracia en la isla caribeña y su relación con Estados Unidos, mismas que fueron formuladas y expuestas en un taller sobre la materia realizado entre el 3 y el 5 de mayo de 1995 en La Habana.

La profundidad y calidad de los trabajos no es simétrica, tampoco lo son los puntos de vista con que se tocan los problemas; sin embargo, todos abordan críticamente la actual etapa histórica y, en especial, el papel que debieran jugar y los cambios que debieran realizar el gobierno y el Estado cubanos para afrontar la actual crisis por la que atraviesa el país.

En lo medular, los autores coinciden en que la democracia en Cuba es un asunto de competencia exclusiva de los cubanos, pero difieren en el significado del concepto y cómo ésta debe ser caracterizada en la isla. Por tal motivo, los investigadores coinciden en que la promoción de la democracia debe constituir el objetivo central de la actual etapa del proceso revolucionario para que de esta manera Cuba –en opinión de algunos de los participantes– enderece el camino trazado a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta, cuando la isla era visualizada como una alternativa válida, popular y democrática del cambio social para el Tercer Mundo.

La democracia en Cuba –a juicio de los expositores– pasa, primeramente, por el reconocimiento de la legitimidad del proceso revolucionario, así como de sus logros y desaciertos. Su dinámica debe estar en concordancia con el pasado

y el presente históricos del país, y no con la imposición externa que la aleje de un contenido sustancial para el pueblo cubano. En ese sentido, los autores concuerdan en la crítica hacia Estados Unidos por tener un doble discurso en lo referido a la concepción sobre los derechos humanos y la democracia. Basta recordar la actitud tomada por el gobierno de la gran potencia en relación a estos temas en países como China, donde la represión y matanza en la Plaza de Tiananmen no bastó para quitarle a este país el título de nación más favorecida en el intercambio comercial bilateral. Como apunta Lilia Bermúdez, la democracia tiene, para Estados Unidos, un carácter meramente selectivo, cargado de significado geoestratégico.

La caracterización y definición de la democracia y los mecanismos para su profundización han sido tratados con particular interés por los cubanos Dilla, Suárez, Azcuy y Valdés, así como por el estadounidense Joel Edelstein. Es la discusión sobre esta problemática lo que al parecer ha provocado las críticas del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas cubanas hacia este centro de estudios, pues, en una lectura rápida y superficial, pareciera recordar las propuestas de Michail Gorbachov respecto de la necesidad de mayor apertura política e informativa, así como el reconocimiento de una mayor participación de sujetos económicos individuales para dinamizar la economía nacional.

Los expositores no escatiman argumentos para demostrar la necesidad de que el régimen flexibilice sus posiciones a partir del cumplimiento de normativas constitucionales, o la modificación de algunas de ellas para que el país pueda superar la crisis actual. En ese sentido, Juan Valdés critica fuertemente al sistema político por ser altamente concentrador de poder y centralizador en la toma de decisiones, desigual a la hora de los procesos de participación y personalista en su conducción. En su opinión, se requiere ampliar el control social sobre el gobierno, descentralizar la toma de decisiones, despersonalizar su conducción y disminuir la definición ideológica del Estado la que, a su juicio, limita su capacidad de alcanzar a todos los sectores de la sociedad.

El norteamericano Joel Edelstein escribe un interesante artículo donde plantea la necesidad de modificar el "paradigma centralista" que ha prevalecido en las altas esferas del poder, tanto en lo económico como en lo político. Paradigma que respondió en su tiempo a la necesidad de dar respuesta a problemáticas coyunturales específicas, pero que hoy es necesario reemplazarlo por un modelo de conducción que trabaje en plazos largos de tiempo y que responda a la necesidad de insertar al país en el nuevo contexto internacional.

En una línea similar a los anteriores comentarios, Haroldo Dilla y Hugo Azcuy abordan de manera crítica la institucionalización de la Revolución, la centralización de la economía y la toma de decisiones, lo que ha generado una peligrosa contradicción entre un sistema político amplio de base y concentrado en su

cúspide. Como resultado, los espacios de autonomía y espontaneidad que caracterizaban a la Revolución en un primer periodo han ido perdiendo dinamismo y representatividad. Por lo tanto, los autores postulan la necesidad de realizar cambios políticos que se adecuen y vayan aparejados de cambios económicos de manera que se posibilite un nuevo consenso interno que legitime al gobierno y a la Revolución. Ambos investigadores abogan por la revitalización del pensamiento socialista y marxiano a partir de las nuevas realidades que imperan en Cuba para que de este modo la construcción y el desarrollo de la democracia sigan siendo un proceso trazado y definido sustancialmente con base en las ideas de la Revolución en cuanto proyecto de construcción nacional y de justicia social.

Dilla alerta de los peligros que en la actualidad surgen de los cambios económicos que pueden dar origen a sectores independientes –vinculados al capital externo– con una ideología contraria a los intereses del país, lo que podría debilitar al sujeto popular cubano y a las organizaciones sociales existentes. Para enfrentar este reto, propone la formación de un “teatro socialmente controlado”, en un marco de apertura a nuevos sectores económicos que amplíen y formulen un nuevo aparato productivo nacional. Por este motivo, reafirma la necesidad de acompañar los cambios económicos con los cambios políticos puesto que, de no ser así, no se cumpliría con una de las tesis más importantes anunciadas por el marxismo: la imposibilidad de separar la política de la economía.

El segundo gran eje del texto tiene que ver con el papel de Estados Unidos en sus relaciones con Cuba. Se concuerda en que Estados Unidos asume, en la actualidad (pero parece que así ha sido desde el triunfo revolucionario en 1959), la problemática cubana como un asunto de política interna y no de seguridad externa como pregonaba en tiempos de la Guerra Fría. Como fue señalado en un principio, los investigadores coinciden en que las prácticas y la retórica estadounidense se concretan en un doble discurso que asume temas como la democracia y los derechos humanos de manera antojadiza, dependiendo del país de que se trate.

Estos temas son abordados con particular interés por William Robinson, Rafael Hernández, Wayne Smith y la anteriormente citada Lilia Bermúdez. El primero nos introduce en el tema a través de un excelente análisis histórico que permite conocer los antecedentes que impulsan los cambios en la política exterior estadounidense en los últimos años, en particular el reemplazo de la lógica militarista e intervencionista en contra de Cuba, por la promoción de una política que apunte a la cooptación de sectores de la sociedad civil cubana con la finalidad de que –dentro de la isla– actúen en contra del régimen. De este modo, se busca generar en la sociedad cubana el descontento necesario que posibilite el cambio de gobierno y la sustitución del sistema político y económico

por uno funcional acorde a los moldes estadounidenses: poliarquía en términos de Robert Dahl, nos señala William Robinson. Por este motivo –apunta Wayne Smith– el gobierno estadounidense no está interesado en buscar un proceso de transición “pacífico y pactado” como fue impulsado en el Cono Sur, sino más bien el estallido social que posibilite el cambio radical del Estado, del sistema político y de la economía del país. Por su parte, Rafael Hernández señala que la retórica estadounidense asume que la democracia en Cuba sólo será posible en tanto ella sea “certificada” por Estados Unidos y que Cuba cambie su modelo de economía “cerrado y estatista” por uno marcadamente neoliberal; sin embargo, las elecciones, los derechos humanos y la economía de mercado que tanto pregona el país del norte, no serían un fin en sí mismo sino –en opinión de Hernández– el medio adecuado para sustituir el régimen político y social por uno acorde a los intereses de la gran potencia.

Desde otra perspectiva, Jorge Rodríguez Beruff destaca que la necesidad de modificar la política agresiva de Estados Unidos hacia Cuba está relacionada con lograr la compatibilidad entre los dos ejes ideológicos que sustentan esta política: la promoción de la democracia y la seguridad nacional. Por medio de un recorrido histórico de la política externa norteamericana, Rodríguez Beruff señala que ella es asumida como un valor intrínseco de la potencia y que actúa como mecanismo de legitimación externa e interna. De allí que el autor perciba que esta política de promover la democracia en la actualidad (“al estilo norteamericano”) opere como mecanismo coercitivo extraterritorial más acorde a los nuevos tiempos, la cual –desde la perspectiva del gobierno estadounidense– podría otorgar mejores dividendos en su intento por acabar con la Cuba socialista de Fidel Castro.

En síntesis, el libro permite conocer algunas de las temáticas de discusión e investigación en ciencias sociales existentes en la actualidad en Cuba. En él se observa una fuerte crítica a las instituciones y al gobierno por permitir la burocratización y la concentración del poder en desmedro del poder popular que realizó la Revolución y que la sustenta. De ahí que se plantee la necesidad de profundizar los cambios en el sistema político a la par de los acontecidos en la economía, de modo que se pueda revitalizar el consenso nacional necesario para la viabilidad del proyecto socialista. En ese sentido, las críticas al gobierno y al Estado por institucionalizar la Revolución –otorgando al marxismo-leninismo categoría de verdad universal–, lejos de posibilitar la constante revitalización de la Revolución le resta capacidad de adaptación, espontaneidad y democraticidad a la vida ciudadana. En el actual momento crítico, la necesidad de abrir nuevos caminos y opciones que den viabilidad a este proyecto se vuelve imperiosa; particularmente, el aporte que puedan otorgar las ciencias sociales en la isla adquiere vital importancia para el futuro del país. El libro, que sintetiza algunas

de las críticas más fuertes realizadas públicamente al sistema político cubano, se convierte en un referente obligado para todo aquel que esté interesado en el devenir de la Cuba contemporánea. De ahí planteamos que las fuertes críticas de la dirigencia cubana al instituto, sus actividades y sus opiniones, se conviertan en la mejor recomendación para leer este texto.